

Domingo catorce del Tiempo Ordinario.

Decíamos el domingo pasado que, con el final del capítulo 9 de Lucas, se iniciaba un proceso de discipulado y de camino a Jerusalén, para acompañar al Maestro Jesús en su misión de salvación. Este domingo nos encontramos, en el capítulo 10, con un grupo de discípulos muy especiales: los Setenta y dos. “Designó el Señor otros setenta y dos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares a donde pensaba ir él”.

Este grupo de los Setenta y dos es una creación de la teología de Lucas para indicar cómo, además de los Doce, hay un número indefinido de discípulos que, a lo largo de la historia, tenemos la misma misión de los Doce para anunciar en todas partes el Evangelio de Jesús. Si los Doce fue un número concreto y exclusivo, nosotros pertenecemos hoy al grupo de los Setenta y dos, que es un número siempre abierto para acoger a todo aquel que se compromete con la obra evangelizadora en la historia.

De hecho, si comparamos la misión dada a los Doce (Luc. 9,1-5) con la misión a los Setenta y dos, notamos cómo ésta es más amplia, así tenga los mismos elementos de la misión dada a los Doce. A nosotros, los discípulos de hoy, nos corresponde ir delante de Jesús, preparar su acogida en todos los lugares y sitios donde vivamos, ofrecer la paz a todos, dar signos de curación y liberación y hacer cercano el reino.

Pero somos enviados como corderos en medio de lobos. Las dos figuras nos remiten al discurso que más tarde escribirá el cuarto evangelio sobre Jesús como Buen Pastor. Somos el rebaño del Señor, lo tenemos a él como el Pastor maravilloso que nos conoce y nos ama, nos pastorea y educa. Pero estamos en medio del mundo acosados por lobos rapaces que quieren robar, dispersar, matar y destruir la obra de Dios (Jn. 10,10.17). Hemos de tener, pues, prudencia y sagacidad en nuestra misión como discípulos.

¿Con qué actitudes realizar nuestra misión? Ante todo, con una conciencia de ser “obreros del reino” y una oración confiada al Padre, que es el dueño de la mies. Por más cosas maravillosas que hagamos y logremos en nuestra misión, nunca dejaremos de ser “obreros del Evangelio” y no dueños de él.

Necesitamos también una generosidad y una voluntad firme para proclamar la Buena Nueva del Señor. Estar siempre en camino, con decisión, con ánimo decidido, con una libertad interior que nos hace sencillos y pobres, abierta a toda clase de grupos y culturas, compartiendo con ellos la vida y las realidades diarias, y construyendo una cultura de paz y de justicia.

Pero hay algo más, al final del Evangelio de hoy, que ha de darnos una conciencia y una seguridad muy grandes. Los discípulos realizaron muchos signos y anunciaron el evangelio de Jesús, regresaron felices por la misión cumplida. Jesús los acoge y les hace saber algo más fundamental: Ustedes valen mucho, pero no tanto por lo que hacen sino por lo que son ante el Padre Dios. En medio de esta cultura y esta sociedad en que vivimos, donde el hombre vale por lo que hace y no por lo que es, el evangelio de Jesús nos asegura lo contrario. Valemos por lo que somos, y somos los elegidos y los amados de Dios. Por eso mismo, él confía en nosotros y nos entrega una misión en medio del mundo.

Digamos, pues, agradecidos:

“Dios y Padre, te damos gracias porque nos valoras demasiado y nos entregas la misión de proclamar el Evangelio de Jesús. Derrama en nosotros tu Poder y tu Fuerza para que podamos realizar tu obra con decisión y extender el reino en medio del mundo con alegría y amor. Amén.